

Chile en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba (1960-1974).

Ricardo Pérez Aristoy [Introducción, recopilación, transcripción y notas], Santiago de Chile, Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile, 2019.

Roberto García Ferreira
Dpto. de Historia Americana., Instituto de Cs. Históricas, FHCE,
Universidad de la República
robertogarciaferreira@hotmail.com

En octubre del año pasado, en el marco de las *VIII Jornadas de Investigación, VII Jornadas de Extensión y VI Encuentro de Egresados y Maestrandos* de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República se presentó en Montevideo el libro que ahora comentamos del historiador chileno Ricardo Pérez Haristoy. Este se contempló como parte del Grupo de Trabajo n.º 12, «Uruguay, Cuba y el sistema interamericano, 1959-1964», espacio que constituyó una oportunidad para debatir la proyección de la Revolución Cubana en América Latina.

Dividiré mi comentario en tres partes. Una primera para ubicar dentro del campo de estudios la contribución. En segundo lugar, una descripción sobre qué nos aporta la selección documental del autor. Tercero, una reflexión en torno a las similitudes que presenta este aporte historiográfico para pensar las relaciones entre Uruguay y Cuba tanto en lo bilateral como en el ámbito del sistema interamericano.

La *cuestión cubana* y el campo de la Guerra Fría latinoamericana

El de la Guerra Fría en América Latina ha sido un campo de estudios en permanente expansión durante los últimos tres lustros. Algunos apuntes sobre esto deben incluir la renovación y ampliación de las temáticas abordadas, lo que ha supuesto incorporar actores novedosos, fundamentalmente no estatales, tradicionalmente invisibilizados en las narrativas clásicas.

También se ha profundizado en la necesidad de abandonar el férreo marco de los estados nacionales para comprender mejor y en su real dimensión, las dinámicas regionales de un conflicto bipolar que no debe sesgarse a una historia episódica habitualmente entrecruzada por el siempre nocivo y todavía presente, intervencionismo estadounidense en América Latina.

En esa forma, ha sido posible invertir el ángulo interpretativo y redimensionar el lugar de la región latinoamericana como centro y no exclusivamente como una periferia pasiva, receptora de las consecuencias y avatares del enfrentamiento global entre las grandes potencias ubicadas en los países centrales.

Una parte sustancial de lo conseguido se explica gracias a los intensos esfuerzos emprendidos por numerosos investigadores de varios países para poder acceder a documentación primaria conservada en archivos latinoamericanos que permanecían vedados a la investigación u otros que ni siquiera se conocían. He en esto último un componente central que permite complementar la tradicional dependencia de documentación proveniente de archivos estadounidenses, cuyas perspectivas como sabemos están atravesadas por los numerosos prejuicios ideológicos que atraviesan la política exterior de Estados Unidos. Tan relevante como lo anterior, la incorporación al debate académico internacional de ese tipo de fuentes permite desbrozar los rasgos de autonomía que siempre correspondió a los actores regionales en la conformación de una agenda propia que no necesariamente siempre era deudora de la incidencia de Washington.

Por todo lo antes expuesto, el libro de Pérez Haristoy claramente es parte de un campo cada vez más amplio, en constante desarrollo. Tres últimas cuestiones deben ponderarse. Que su libro refiere a un tópico crucial de la Guerra Fría latinoamericana como es el caso de la proyección de la Revolución Cubana. Que la base del trabajo se compone de documentación producida por los mismos revolucionarios cubanos. Y a la vez, es de celebrarse especialmente que un aporte documental de este tenor se haya producido dentro de los marcos institucionales de la producción académica latinoamericana y circule en español.

Enfrentando el *aire de misterio*

La ausencia de fuentes primarias cubanas ha sido un escollo importante para los estudiosos de la Guerra Fría, lo que se ha reclamado y también debatido en numerosos encuentros académicos internacionales. Los esfuerzos individuales chocaban a menudo con una infranqueable barrera que impedía la consulta, algo que en los últimos años, desde los momentos previos al deshielo con Estados Unidos en 2016, comenzó a revertirse. A los ya

conocidos trabajos de Piero Gleijeses (2002, 2004), le siguieron por su destaque y sin ser completamente exhaustivos, los aportes de Tanya Harmer(2013), Jonathan Brown (2017), Rafael Pedemonte (2018, 2019) y la selección de entrevistas compiladas por Luis Suárez Salazar y Dirk Kruijt (2015).

En esa línea y por ese mismo tiempo llegó a La Habana el autor del libro que se reseña para enfrentar el «aire de misterio enrarecido» y la «imbatible posibilidad de acceder a los archivos oficiales» (p. 9). Completó exitosamente los requisitos correspondientes y su labor prioritaria se centralizó en la consulta del Centro de Gestión Documental del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Cuba.

Del éxito de dicha labor se deriva el libro cuya estructura tiene tres partes. En primer lugar, hay un estudio previo de carácter introductorio y donde se busca dotar de un marco interpretativo a las fuentes primarias que conforman la parte medular del trabajo (pp. 11-37). Segundo, se transcriben un conjunto de sesenta y dos documentos entre los que el autor incluyó informes diplomáticos ordinarios, algunos de carácter confidencial, cronologías de hechos relevantes elaboradas por representantes cubanos en Chile, varias cartas, hojas de apuntes, discursos, mensajes de solidaridad y también interesantes resúmenes de conversaciones mantenidas entre diversos dirigentes chilenos que llegaban a cumplir misiones en la isla caribeña. Tercero, un anexo con mapas, fotografías y reproducciones de notas de prensa que forman parte del archivo gráfico del Minrex cubano.

Vayamos a lo más novedoso y menos conocido que es la selección documental transcrita por el autor. Allí se echan de menos algunas cuestiones. Por un lado, no hay mayor información descriptiva acerca de la institucionalidad donde se resguardan los documentos, aunque esto no parece ser achacable al autor. ¿Qué se le permitió consultar? ¿En cuáles fondos? ¿Qué fondos existen? ¿Hay información sobre qué y/o cuanto permanece clasificado y sin poder investigar? ¿Existen catálogos comprensivos que pudieran contribuir a determinar con precisión el proceso de elaboración de los documentos? Este tipo de información permitiría, creemos, una lectura crítica más profunda de las fuentes primarias que conforman el trabajo y, tan importante, resolver una tensión que podemos estimar clave: en qué medida la documentación liberada a la consulta no tiene el objetivo implícito de guiar o forzar la interpretación del investigador. Pese a esto, resulta indudable que se trata de una selección importante que en buena medida constituye una «ventana» desde la cual aproximarnos a vislumbrar lo que Piero Gleijeses llamó como «las motivaciones de la política exterior cubana» (2004).

Una actitud cautelosa y expectante

Lo relevante del libro es que dicha aproximación puede hacerse —con los matices ya expuestos— desde las mismas fuentes producidas por los propios revolucionarios cubanos. Corresponde indicarle al lector que la inmensa mayoría de la documentación refiere —siguiendo lo planteado para el mismo tema por el también historiador chileno Joaquín Fernandois (1982)— a acciones que fundamentalmente podríamos ubicar en el terreno de una «diplomacia tradicional» y no tanto clandestina.

En ese sentido, allí aparecen trazos de algunos de sus pilares, como el internacionalismo, el antiimperialismo, la defensa de la imagen de la propia revolución cubana, la solidaridad con otros movimientos de liberación nacional y la constante necesidad de bregar por la unión de las fuerzas revolucionarias latinoamericanas.

Otro elemento que deja verse entre las fuentes es la cautela de los funcionarios cubanos para llevar adelante sus acciones de política exterior. Los impulsos solidarios para con las izquierdas y la búsqueda de la defensa del Estado cubano, no debían poner en riesgo —en la medida de lo posible— el vínculo bilateral con Chile. Las actitudes medidas tenían su explicación: el fortísimo impacto expansivo que tenía la revolución en América Latina radicalizaba, constantemente, a su contraparte, las posiciones contrarrevolucionarias. En ese sentido, los funcionarios buscaban disimular cualquier acción que pudiera dar lugar a denuncias de intervencionismo en los asuntos internos de Chile.

Sobre esto último el libro permite observar cómo en el ámbito interno chileno la «cuestión cubana» va a tener, desde 1960, una centralidad incontrastable, desplazando sin más de ese primer lugar al antiguo antisovietismo. Cuba y no tanto la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), se constituyó en el principal desafío político-ideológico que movilizará a las elites políticas, diplomáticas, policiales y militares de la región. Primero para excluirla del ámbito de la Organización de Estados Americanos (OEA) y más tarde para eliminar su potencial revolucionario puertas adentro de cada país.

Como se percibe, los funcionarios cubanos buscaban la solidaridad como parte de su estrategia defensiva. Numerosas fueron sus expresiones desde Chile y varias de ellas quedaron consignadas en los informes diplomáticos: a inicios de 1960, días antes del arribo de Dwight Eisenhower al Cono Sur (carta 3, pp. 43-44); o ante la invasión a Bahía de Cochinos en abril 1961 que motivó unas sentidas líneas de Salvador Allende que incluían varias propuestas (carta 6, pp. 49-50). En una etapa aún temprana de la revolución, dichos esfuerzos abarcaban a personajes de la «industria, comercio y política» junto a la «prensa extranjera» como puede verse el resumen de la conferencia del embajador cubano ante la American Society de Chile (carta 4, pp. 45-47).

Parte de la ya expresada cautela con la que se movían los representantes cubanos en Chile se percibe en la necesidad de tomar «medidas drásticas con el objeto de evitar que una actitud liberal por nuestra parte, nos lleve a una situación difícil con el Gobierno de Chile» ante la evidente actitud del Frente de Acción Popular (FRAP) de emplear a Cuba como un argumento de su campaña electoral de cara a las elecciones de 1964 año (carta 11, pp. 70-71, cita en p. 70).

Ese mismo mes de marzo de 1964, otro documento (carta 15, pp. 81-83) denota la preocupación del Encargado de Negocios cubano por la posible vinculación de la embajada de Cuba con el segundo Congreso Latinoamericano de la Juventud (CLAJ) que se celebró en Chile. En buena medida y para evitar inconvenientes, su actividad fundamental consistió en «desligar a la Embajada de las actividades del CLAJ». Ello se vio profundizado porque a la vez, el «mensajero suplente» de la misión cubana fue «sorprendido pegando propaganda del CLAJ en las calles». Aunque no fue identificado al momento de su detención, el diplomático cubano dio «instrucciones inmediatas de que desapareciera y negara en todo momento haber trabajado en la Embajada» pues al otro día de su detención y como si nada, el citado había concurrido a trabajar «como si nada hubiera sucedido» (p. 82). Otro suceso que aparece reflejado en el informe cubano es la necesidad de establecer un «control político» sobre Prensa Latina pues junto a la delegación y formando parte de la misma en su carácter de reportero, llegó a Chile uno de sus periodistas para participar del CLAJ y posteriormente ir a cubrir las elecciones municipales en Curicó, zona de «verdadera ocupación militar». Bajo su responsabilidad describió las medidas que tomó para con él y gracias a las cuales no asistió como delegado al congreso, tampoco a Curicó y permaneció muy discretamente como corresponsal. A los efectos de evitar posibles problemas bilaterales, se recordaba en el escrito que un futuro envío de periodistas de la agencia a Chile sería «impolítico y sumamente expuesto a provocaciones» en el marco de una campaña electoral signada por la violencia. (carta 15, p. 83). Este y varios otros documentos transcritos —por ejemplo, las cartas no. 31, pp. 168-171 y 32, pp. 172-177—cuyo origen fue Prensa Latina deben leerse siguiendo el reciente trabajo de Renata Keller sobre el rol clave que tuvo dicha agencia de noticias en la defensa y promoción de la Revolución Cubana (2019).

El carácter sigiloso de los movimientos cubanos no solamente incluía a sus funcionarios en Chile: también a la Misión Permanente de Cuba en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) a la cual en secreto se le solicitó un informe confidencial que ayudase a los chilenos a reestructurar la cancillería en caso de que ganase el FRAP las elecciones de ese 1964 (carta 12, pp. 72-75).

Un aspecto inherente a la centralidad de la «cuestión cubana» que se confirma en la compilación de Pérez Haristoy, es que la misma abarcaba, además del mundo de la política, la diplomacia y los movimientos sociales, al terreno de los servicios de inteligencia donde estadounidenses y cubanos buscaban erosionarse mutuamente. Parte de ello aparece en una carta 9 de abril de 1963 donde se relatan las peripecias de uno de los funcionarios cubanos ante el accidente de un avión comercial donde viajaban los «correos diplomáticos». La prisa por llegar antes que la CIA a su recuperación en el mismo territorio impuso algunas acciones y decisiones que debieron tomarse rápidamente sin aguardar instrucciones. La obligación, como queda expresa en el escrito, era «actuar teniendo en cuenta los peligros que para nuestra Revolución entrañaba en la posibilidad de que cayeran en las manos de los yanquis informes secretos de nuestro Gobierno en momentos en que se preparaban nuevas provocaciones contra Cuba» (carta 9, pp. 62-67, cita en p. 66).

El seguimiento del curso de los sucesos internos chilenos, la radicalización anticomunista y la aparición del fenómeno «gorilista», particularmente intensos durante la campaña electoral de 1964, la forma en que la Democracia Cristiana parecía arrebatarse las banderas de solidaridad para con Cuba de la izquierda socialista y comunista chilena, los probables escenarios ante una victoria primero del FRAP y más tarde de la Unidad Popular, mediando un pormenorizado trabajo de la izquierda por trabajar en el Ejército chileno donde «Allende, el Partido Socialista y el Partido Comunista, han dedicado cuadros especiales del FRAP para el trabajo con los militares retirados y los en servicio». (Carta 14, pp. 79-80)

Quizás un documento de alta relevancia y a la vez ejemplo de los muchos que aún deben conservarse en los repositorios cubanos es la denominada carta no. 25, un manuscrito sin fecha pero que muy probablemente date de agosto de 1964 (carta 25, pp. 107-126). Allí el funcionario que tuvo a su cargo al visitante resumió la visita, reuniones y entrevistas de Raúl Ampuero, Secretario General del Partido Socialista a Cuba. En total fueron cinco las reuniones. Entre ellas destacaron los encuentros con Raúl Roa, Emilio Aragonés, Carlos Rafael Rodríguez y el Che Guevara, con el que conversó según era su costumbre, en la madrugada y hasta las 3.30. De las varias instancias mantenidas por diversos interlocutores con el visitante chileno, un punto parece haber sido clave: recabar la manera en que, para el caso de que la izquierda triunfara en la contienda electoral, pudiera sortearse el escollo del tradicionalmente conservador congreso chileno, que debía ratificar el resultado de las urnas. ¿Intervendrían las Fuerzas Armadas en apoyo al Congreso? Peor aún, ¿lo haría Estados Unidos en forma indirecta por medio de la dictadura brasileña e incluso por parte del Ejército argentino, una posibilidad real de acuerdo a Ampuero? Fue entonces cuando el Che le sugirió al socialista chileno: «¿Por qué no golpean ustedes primero a los gorilas y aprovechan la situación para liquidar internamente a la derecha?». Fue esta entrevista la que más impresionó al visitante, asombrado por la «riqueza de fuertes personalidades en la

revolución cubana». Tan intensa había sido que reconoció que necesitaba «reflexionar mucho sobre todo lo que le dijo el Che» (p. 118).

Una notable gravitación: tensiones similares

La tercera parte del comentario se encuadra en lo que fueron algunas de las similitudes entre Chile y Uruguay en materia del apego de ambos a ciertas tradiciones de política exterior que resultaban funcionales a las acciones diplomáticas emprendidas por los funcionarios cubanos como parte de un accionar exterior entre cuyos principios, destacaba la defensa del carácter irreversible del proceso revolucionario. Parte de la documentación compartida por Haristoy habilita el paralelismo con las fuentes donde consta la labor emprendida desde la embajada cubana en Montevideo entre 1959 y 1964 (García, 2018) y que es parte importante del proyecto colectivo más amplio citado al inicio de este comentario. En su primer lustro, como escribe Harmer (2019), la cuestión cubana ocupó intensamente a la diplomacia interamericana, donde queda claro a la luz de documentación latinoamericana, que este era un desafío crucial e inédito del sistema en su conjunto, y no solo de Estados Unidos. Enfático e ilustrativo de esto fue lo que escribiera al inicio de un informe confidencial el canciller uruguayo Homero Martínez Montero en 1962: «ningún otro suceso ha sacudido a América Latina, en el curso de este siglo, sin que esto signifique otra cosa que la mera comprobación de un hecho histórico, como la revolución político-social operada en Cuba». Lo grave de la cuestión, proseguía, es que la revolución no solamente «trastornó el orden establecido» sino que «existen circunstancias y motivos similares, latentes y válidos, en gran parte de América Latina». Por ende, a nivel del encumbrado mundo de la diplomacia interamericana se compartía que «un estallido revolucionario semejante no puede descartarse en los demás países de esta región del orbe» pues era evidente la «inmensa potencia explosiva» de la cuestión cubana si no se atendían «a ritmo acelerado, las condiciones de vida del hombre americano».¹

En ese sentido, la evidencia sugiere que las embajadas de Cuba en Uruguay y Chile captaban la potencialidad de tratar de incidir en las respectivas posiciones internacionales de ambos, donde la autodeterminación de los pueblos y la defensa del principio de no intervención constituían referentes obligados. Chile y Uruguay, a diferencia de muchos otros países de América Latina, presentaban una estabilidad democrática similar, así como sistemas políticos bastante permisivos hacia las actividades de las izquierdas, aunque en cuanto a esto sobresalía el caso uruguayo donde no se había impuesto como en su vecino la

¹ Homero Martínez Montero, «Informe sobre la VIII Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas, Punta del Este, Uruguay, 22 a 31 de enero de 1962», RCVIII/2/, Archivo Histórico Diplomático, Ministerio de Relaciones Exteriores de Uruguay, Embajada del Uruguay en Buenos Aires, Confidenciales, carpeta C.21, año 1961, Asunto Conferencia de Cancilleres Americanos (Punta del Este 22 de enero de 1962).

restrictiva «Ley Maldita». A la vez, en ambos, la atmósfera de solidaridad para con Cuba constituía un arma favorable que contribuía a detener los impulsos más radicales del anticomunismo transnacional, que no tenía mayores frenos en los países más cercanos a la isla caribeña, gobernados por férreas dictaduras militares escasamente permisivas para con la disidencia que mayormente había sido obligada a exiliarse en países como México, Costa Rica y Venezuela.

Pero hay mucho más: las campañas y visitas de descrédito contra Cuba, «provocaciones» en la jerga de la diplomacia revolucionaria, constituían un punto importante de atención en función del financiamiento, fundamentalmente estadounidense, y porque la documentación de Haristoy nos sugiere fechas de actos similares en Montevideo habida cuenta la dimensión transnacional con la que, en su mayoría, eran concebidas. Ellas a menudo incluían visitas de protagonistas que llegaban a denunciar al gobierno cubano, intentando movilizar a sectores anticomunistas locales, otro de los temas centrales de preocupación en Chile y Uruguay, cuyas expresiones eran atentamente informadas a La Habana (carta 7, pp. 51-54).

Uruguay, en una tendencia bastante similar durante la Guerra Fría, ocupó un sitio de privilegio en esta primera etapa de la Revolución Cubana: en este país se lanzó oficialmente la Alianza Para el Progreso —con la presencia del Che en Punta del Este—y Cuba, meses más tarde, sería expulsada de la OEA en el marco de la VIII Reunión de Consulta también reunida en el citado balneario de la costa uruguaya. Esto no es anecdótico, sino que refuerza la potencialidad de un proyecto de estas características desde Uruguay en tanto la intensidad de dicha «cuestión» en dos ocasiones decisivas se desplazó hacia la interna de este país rioplatense. Este tipo de comparaciones podrían sin duda enriquecerse. Sin embargo, se lamenta muy especialmente que en el libro de Haristoy un año importante en el ámbito interamericano como fue el de 1962, prácticamente esté ausente de la compilación.

Parte de esas citadas similitudes se observan en que tanto Chile como Uruguay fueron los dos últimos países en proceder a romper relaciones con Cuba en 1964. Como sabemos, México finalmente no lo haría. En ambos casos, y según se sugiere de las comunicaciones entre la embajada uruguaya en Santiago y su par en Montevideo, se trató de decisiones adoptadas forzosamente y como parte de las obligaciones asumidas en el marco del sistema regional interamericano. Una copia del discurso del presidente chileno exponiendo las motivaciones de su país se encuentra en la carta número 23 (pp. 98-99).

Este comentario no puede ignorar y con pesar, cuán escasas resultan las fuentes sobre los últimos meses de Salvador Allende en el gobierno. Algo de ello queda consignado

en un documento escrito por el embajador Mario García Incháustegui al canciller Raúl Roa en La Habana: la izquierda en el gobierno desaprovechó el denominado «tancazo» de fines de junio de 1973 para «golpear» con mayor firmeza a los «sublevados» y a sus «instigadores». En esas horas, escribía el embajador desde Santiago de Chile, «alguna participación popular en su contra habría constituido una importante advertencia a las Fuerzas Armadas»: «ni un bazooka de origen casero se disparó contra los tanques...». Lo más preocupante, sostenía Incháustegui, era toda la «situación ha creado la mala imagen de que los problemas de Chile se resuelven entre milicos» (carta 37, pp. 252-253).

El libro debe leerse y valorarse como parte de lo que constituye una agenda de investigación en curso del autor quien debe complementar las valiosas fuentes cubanas que componen su trabajo con su contraparte chilena, lo que redundará en la posibilidad de conectar dichas visiones con la política doméstica, el marco regional y global de la Guerra Fría, cuestiones significativas que por supuesto se echan de menos. Por lo expuesto, se trata de un trabajo no terminado sino en curso que contribuye —en nuestro particular desde Uruguay, explícitamente—, a complementar sendas agendas de investigación compartidas desde lugar del Cono Sur.

Para finalizar, el libro y la publicación de sus fuentes constituyen un aporte relevante en ese sentido: por lo que ellas dicen, sugieren y también omiten. En definitiva, esta bienvenida edición documental viene a contribuir, en forma documentada y a la luz de la voz de sus propios protagonistas, en uno de los temas emblemáticos de la historia contemporánea latinoamericana durante la Guerra Fría.

Referencias

BROWN, J.C. (2017). *Cuba's Revolutionary World*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

FERMANDOIS, J. (1982). Chile y «la cuestión cubana», 1959-1964. *Historia*, (17). Recuperado de

https://scholar.google.com/scholar_url?url=https://repositorio.uc.cl/bitstream/handle/11534/9668/000318899.pdf%3Fsequence%3D1&hl=en&sa=T&oi=gsb-ggp&ct=res&cd=1&d=6909516504265830149&ei=TEXDXq_IENaCy9YPsoW9mAk&scisig=AAGBfm3ZZmYGkqAi1oUIGTVkIAQBMj_C4g.

GARCÍA, R. (2018). The Cuban Embassy in Uruguay, 1959-1964. *Oxford Research Encyclopedia of Latin American History*. Recuperado de <http://latinamericanhistory.oxfordre.com/view/10.1093/acrefore/9780199366439.001.0001/acrefore-9780199366439-e-476>.

GLEIJESES, P. (2002). *Misiones en conflicto. La Habana, Washington, y África 1959-1976*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

————— (2004). Las motivaciones de la política exterior cubana. En: SPENSER, D. (Coord.). *Espejos de la Guerra Fría. México América Central y Caribe*. Ciudad de México: Porrúa.

HARMER, T. (2013). *El gobierno de Allende y la guerra fría interamericana*. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad Diego Portales.

————— (2019). The “Cuban Question” and the Cold War in Latin America, 1959-1964. *Journal of Cold War Studies*, 21(3), 114-151. doi:10.1162/jcws_a_00896

KELLER, R. (2019). The Revolution Will Be Teletyped. Cuba’s Prensa Latina News Agency and the Cold War Contest over Information. *Journal of Cold War Studies*, 21(3), 1-26. doi:10.1162/jcws_a_00895

PEDEMONTTE, R. (2018). Desafiando la bipolaridad: la independencia diplomática del gobierno democristiano en Chile y su acercamiento con el «mundo socialista» (1964-1970). *Estudios Ibero-Americanos*, 44 (1). Recuperado de <https://www.redalyc.org/jatsRepo/1346/134656475018/134656475018.pdf>

————— (2019). The Meeting of Revolutionary Roads: Chilean-Cuban Interactions, 1959-1970. *Hispanic American Historical Review*, 99(2), 275-302. doi 10.1215/00182168-7370236

SUÁREZ ZALAZAR, L. YKRUIJT, D. (2015). *La Revolución Cubana en Nuestra América: el Internacionalismo anónimo*. La Habana: Ruth Casa Editorial.